

ANTONIO FÁBREGAS

Las nominalizaciones

Madrid: Visor

2015: 442 páginas

ISBN: 978-84-98956832

La monografía que aquí reseñamos constituye, en cierta medida, la culminación y sistematización de varios años de investigación que el lingüista español Antonio Fábregas (Universidad de Tromsø, Noruega) ha dedicado al tema de las nominalizaciones en español. En la tradición generativista –marco en el que trabaja Fábregas– las nominalizaciones han sido desde los inicios, con obras como las de Lees (1960)¹ y, en especial, el artículo *Remarks on nominalization de Chomsky* (1970), un dominio empírico de interés, al prestar ocasión para abordar cuestiones teóricas y empíricas de largo alcance. Entre estas, pueden mencionarse la naturaleza de las categorías gramaticales y, por extensión, del cambio categorial o las relaciones entre léxico y sintaxis, en particular, qué tipo de operaciones computacionales inciden en la formación de palabras. El trabajo de Fábregas constituye, a este respecto, una excelente puesta al día de muchos de los problemas a que se enfrenta un modelo formal de la gramática, además de proporcionar una exhaustiva descripción de los tipos de nominalización en español que puede ser aprovechada por cualquier marco teórico, con relativa independencia de que se acepten o no los supuestos teóricos fundamentales de los análisis defendidos.

El libro se estructura en cinco capítulos. El capítulo I está dedicado a presentar el marco teórico en el que se formulan la hipótesis principal y los numerosos análisis que de ella se siguen. Este marco, la nanosintaxis, corresponde a un modelo formal de raigambre generativista desarrollado en los últimos años, principalmente, por Michael Starke y otros lingüistas de la Universidad de Tromsø. Los capítulos II y III estudian las nominalizaciones desde el punto de vista de la base de derivación, el primero de ellos dedicado a las nominalizaciones deverbales y el segundo, a las deadjetivales. En tanto, el capítulo IV aborda el problema desde el ángulo de los afijos nominalizadores que seleccionan estas bases, sección que presenta distintos estudios de caso en los que se especifican las características y restricciones combinatorias de diferentes sufijos derivativos (v.gr. *-aje*, *-or*, *-ncia*). Finalmente, el capítulo V explora, sobre la base de los análisis previos, los alcances teóricos que el estudio de la nominalización tiene en distintos ámbitos, entre los cuales tiene particular interés (a pesar de ser, como el autor declara, más especulativo) el conjunto de reflexiones sobre la naturaleza de las categorías gramaticales, quizás el problema más antiguo de la disciplina gramatical como tal.

¹ La referencia de las citas bibliográficas corresponde siempre a textos citados en la obra reseñada.

Como marco general, el autor enuncia al inicio del volumen las tres hipótesis que vertebran el análisis (p. 18). La primera de ellas es la *Hipótesis de la preservación estructural*, es decir, la idea de que los tipos de nominalización dependen de la complejidad de la base que el nominalizador selecciona, de suerte tal que aquellas lecturas que, en el paso de una categoría a otra, se pierdan, corresponderán a estructuras que por motivos independientes no puedan quedar dominadas por el nominalizador. La segunda es la *Hipótesis de la subordinación*, de acuerdo con la cual es el afijo el que impone sus restricciones (selecciona) a una base y no al revés. Finalmente, la *Hipótesis del empobrecimiento funcional* indica que la diferencia entre una nominalización y una oración subordinada sustantiva radica en el tamaño o área funcional que ambas estructuras cubren. Es decir, no existe, en realidad, una diferencia de principio entre cláusulas finitas (v. gr. *que construyan un edificio*), infinitivos (v.gr. *el construir un edificio*) y nominalizaciones “léxicas” (v.gr. *la construcción de un edificio*). La diferencia proviene de los rasgos formales que la sintaxis ha ensamblado en cada caso y que las piezas léxicas materializan, pero las categorías en cuanto tales no corresponderían a primitivos con un estatus privilegiado (cuestión sobre la que se profundiza en el capítulo V). De este modo, los afijos nominalizadores del tipo *-ción* o *-miento* se ensamblarían en una posición más baja que aquella donde, en la secuencia de proyecciones verbales, se inserta el Tiempo o el Modo. Por esta razón, los nombres de evento no codifican estas informaciones temporales o modales, en contraste con una subordinada sustantiva. Dicha visión es compatible, además, con la variación tipológica que puede encontrarse en los rasgos codificados por una nominalización (y en lo que entenderemos por oración subordinada o infinitivo en cada caso).

El capítulo I, dedicado a la exposición de los principios de la nanosintaxis, constituye un atractivo adicional del trabajo y puede considerarse que satisface, en cierta medida, un objetivo independiente. La exposición del modelo es bienvenida aun si se tiene en mente su aplicación a otros fenómenos empíricos del español. Específicamente, la nanosintaxis se enmarca dentro de las llamadas propuestas *neoconstruccionistas* o, para usar el término empleado por Borer (2005), *exoesseléticas*. Estas aproximaciones se oponen a aquellas teorías que conceden mayor peso explicativo a los elementos listados e idiosincrásicos de la lengua, uno de cuyos mayores exponentes sería la Gramática de Construcciones de Goldberg (1995) (p. 25). Dentro de la propia tradición generativista, el neoconstruccionismo nace como respuesta, igualmente, al lexicalismo o lexicismo, entendido como la asunción arquitectural que divide el poder generativo de una gramática en dos módulos independientes: uno encargado de generar *palabras* (Morfología) y otro encargado de producir *frases* (Sintaxis), y cuyas bases se remontarían –al menos según algunas interpretaciones– a Chomsky (1970) y, de modo más contundente, a Halle (1973). De acuerdo con el autor, la nanosintaxis y, por extensión, las aproximaciones neoconstruccionistas se caracterizan por una reducción cada vez mayor del contenido de las entradas léxicas que pudiera eventualmente dictar o restringir la combinatoria sintáctica:

[...] la consecuencia de reducir cada vez más la información de una entrada léxica es que cada vez hay menos apoyos idiosincrásicos que puedan esgrimirse para dar cuenta de las propiedades de una construcción. La filosofía que subyace a esto es maximizar el papel de las estructuras sintácticas en la explicación de cómo funcionan las cosas, y minimizar a la vez el papel del léxico con sus idiosincrasias (p. 38).

El *dictum* que la filosofía sintactista impone a la investigación es, así, formular siempre que esto sea posible una generalización estructural, en desmedro de una explicación basada en idiosincrasias léxicas. La arquitectura asumida, así, es una donde la sintaxis combina rasgos produciendo estructuras que (mediante *inserción tardía*) pueden o no ser lexicalizadas por los exponentes de una lengua. El léxico funciona como un bisagra o “filtro” que da paso a la acción de los componentes interpretativos de la facultad de lenguaje: la fonología y la semántica (véase igualmente p. 404, cap. V). A partir de estas consideraciones generales, se exponen de manera detallada los principios que articulan el funcionamiento del modelo, entre los cuales podemos mencionar el principio de lexicalización exhaustiva, que indica que todo rasgo en la sintaxis debe ser lexicalizado; el principio del superconjunto, según el cual una combinación sintáctica de rasgos puede ser lexicalizada por una entrada que posea tales rasgos como un subconjunto suyo, siempre y cuando no exista una pieza léxica que los materialice de modo más exacto; la materialización de sintagma, que estipula que la inserción léxica no se restringe a nodos particulares, sino que puede materializar segmentos completos de estructura; o el corolario *ABA, esto es, que un mismo exponente no puede materializar rasgos sintácticos discontinuos, cuestión que, aunque observada en otros modelos (cf. Bobaljik 2008), se seguiría de modo natural de la interacción de los principios anteriores. La articulación de estos principios y mecanismos ha resultado ser exitosa en el modelamiento de diversos patrones de sincretismo morfológico (v.gr. sistemas de caso en distintas lenguas, cf. Caha 2009) y tiene directa aplicación a la hora de explicar por qué una misma nominalización (v.gr. *construcción*) ofrece significados diversos, como más abajo se comentará. Asimismo, el modelo localiza en el léxico, así entendido, el factor decisivo en la variación tipológica. Las lenguas no difieren en los rasgos sintácticos subyacentes ni en los principios de su combinatoria, sino en el “ropaje” léxico que se encuentra disponible para materializar (fonológicamente) e interpretar (conceptualmente) las estructuras resultantes².

² Por supuesto, esta aseveración constituye un principio rector de la investigación que puede resultar controversial en muchos aspectos. En particular, no todas las teorías, ni aun las de origen generativista, estarían de acuerdo en proponer que el repertorio de rasgos sintácticos (junto con su interpretación semántico-formal asociada) deba ser universal. Otros modelos formales (cf. Borer 1984) son universalistas solo en el sentido de que la combinatoria sintáctica de las lenguas obedecería unas restricciones comunes, pero no en el sentido de que las piezas básicas sean también compartidas. Para estos últimos, la variación tipológica puede residir justamente en la diversidad de rasgos sintácticos con que opera el sistema computacional.

Además, esta primera sección del libro distancia el modelo de otras aproximaciones que parten de supuestos próximos. En la actualidad, el modelo neoconstruccionista más extendido es el de la morfología distribuida (Halle y Marantz 1993). Aunque existe una serie de requerimientos técnicos que distinguen las operaciones de uno y otro, así como sus predicciones empíricas, ambos comparten la asunción de que la sintaxis es el único componente generativo de la gramática y de que la inserción léxica es postsintáctica (“tardía”). Desde otro ángulo, la nanosintaxis se distingue también de la semántica generativa (cf. McCawley 1973), con la que posee bastantes puntos de contacto. En ambos modelos la sintaxis ensambla no “palabras”, sino rasgos que poseen una interpretación semántica formalmente especificada. Así, la categoría de verbo se descompone, en nanosintaxis, en una serie ordenada de rasgos: Inicio, proceso y resultado, cuya combinatoria da lugar a los tipos de situación tradicionales (Ramchand 2008). Esto recuerda, por cierto, los operadores lógico-semánticos que la semántica generativa proponía para dar cuenta del significado de las unidades léxicas; así sucede, por ejemplo, con *matar*, entendido como la unión de ‘causar’, ‘estar’, ‘no’ y ‘vivo’. En este caso, la nanosintaxis evitaría proponer la inserción del primitivo lógico ‘no’, toda vez que “no hay ningún rastro formal de que el verbo *matar* contenga una negación en su estructura interna” (p. 54). Por ejemplo, *matar* no legitima términos de polaridad negativa (v.gr. (42a) **Mató a nadie*), como se esperaría, argumenta el autor, si incluyera literalmente una negación³. En contraste, la proyección de un nodo como inicio (que introduce el argumento externo de un predicado) se justifica en el modelo comentado siempre y cuando existan pruebas sintácticas que así lo muestren: por ejemplo, legitimación de cláusulas finales ((44a) *Mató a su esposa para cobrar el seguro de vida*).

Como se ha indicado más arriba, aunque el libro constituye un estudio monográfico de las nominalizaciones, la exposición del marco teórico es de suyo importante y posee sin duda utilidad e interés más allá del dominio empírico para el cual el autor lo introduce. Los capítulos restantes se ven, de todos modos, firmemente conectados con las directrices allí trazadas. En el caso de las nominalizaciones verbales, abordadas en el capítulo II, esto se aprecia de modo bastante claro. La hipótesis central es que las lecturas disponibles en la nominalización corresponden

³ Aunque la lógica del argumento es clara, la falta de legitimación de términos de polaridad negativa no parece ser una prueba concluyente de la ausencia de un elemento negativo en un predicado. Nótese que verbos como *ilegalizar*, *imposibilitar* o *inmortalizar* incluyen todos un prefijo negativo y tampoco legitiman términos de polaridad negativa: **ilegalizó a nadie*, **imposibilitó nada*, **inmortalizó a ninguno*. La presencia de un prefijo sería un indicio de que existe un elemento estructural diferenciable (y no solo conceptual); si, por hipótesis, toda combinatoria estructural es sintáctica, entonces se esperaría que este elemento fuese sintácticamente activo. Si es opaco por motivos independientes (nivel de incrustación, por ejemplo), puede serlo también en el caso de *matar*. De todas maneras, sigue siendo válido que es justamente esta falta de efectos sintácticos detectables lo que torna sospechosa a la semántica generativa.

a lecturas que puedan ser *sintácticamente* identificadas en el verbo base; el “lema” que, según el autor, resume esta postura es “*Nihil est in nomine quod non erat in verbo*” (p. 89). La identificabilidad sintáctica, a efectos de la relevancia teórica del problema, es crucial, toda vez que un modelo lexicalista, del cual la nanosintaxis busca desmarcarse, predice un patrón mucho más idiosincrásico de la relación entre los valores disponibles en la nominalización y los que puedan residir en el verbo, puesto que aquella se formaría en un módulo generativo independiente. Así, aquellas nominalizaciones que distinguen entre evento y estado (v.gr. *interrupción del servicio {en/durante} dos horas*) lo hacen porque el verbo admite igualmente esta alternancia (v.gr. *interrumpieron el servicio {en/durante} dos horas*). En términos formales, se dirá entonces que la estructura dominada por el nominalizador corresponde a una que, como mínimo, posee los rasgos de proceso (lectura de evento) y resultado (lectura de estado). Este patrón se verifica nuevamente en el análisis de lo que el autor denomina “nominalizaciones de participante”, es decir, aquellas que denotan argumentos y no situaciones. La propuesta es que el afijo nominalizador se ensambla aquí en la posición verbal reservada al participante/argumento en cuestión, desde donde se re-proyecta para encabezar su propia proyección máxima (dando rango nominal a la estructura en su conjunto): este sería el caso, por ejemplo, de *-dor*, que ocuparía inicialmente la posición de especificador de SInicio (es decir, argumento externo), desde donde se re-proyectaría para crear un “nombre de agente”. La predicción, por tanto, es que solo tendremos nombres de agente si la base verbal habilita también, en al menos alguno de sus usos, esta posición, como sucede con *vividor* o *entrador* (y en contraste con, por ejemplo, **nacedor*, cf. Cano 2013).

Es imposible sintetizar con justicia los numerosos análisis ofrecidos por Fábregas en los capítulos restantes. La somera exposición del párrafo anterior busca sugerir, de todos modos, la tónica general que recorre el libro: un alto nivel de detalle descriptivo, junto a numerosas pruebas gramaticales, supeditadas a un mismo objetivo teórico amplio: demostrar que unos mismos mecanismos de naturaleza sintáctica pueden dar cuenta de la formación de palabras, concediendo fuerza, así, a un modelo generativista más simple y unificado. En este modelo, la diferencia entre sintaxis y morfología habría de desvanecerse en un mismo sistema computacional.

Asimismo, y como es de esperar, surgen a cada momento un sinnúmero de interrogantes que, como por lo común será el propio autor el primero en reconocer, animarán un debate que dista mucho de estar cerrado. Por dar solo un ejemplo: si bien se rechaza la existencia de entradas léxicas que dicten la combinatoria sintáctica posterior (lo que en los años ochenta pasó a denominarse principio de proyección), ¿en qué medida se elude este principio realmente si la “sintaxis de la primera fase” debe evacuar todos sus argumentos a posiciones más altas a efectos de permitir la lexicalización? ¿No es justamente esta primera fase una suerte de “pieza léxica” rica en información que dicta (es decir, proyecta) la combinatoria sintáctica posterior (formulada aquí como movimiento de constituyentes)? Aunque la unificación de diversos dominios (formación de palabras y de frases) por un mismo aparataje teórico sea deseable, la obra de Fábregas, y de otros lingüistas que trabajan en el

marco nanosintáctico, abre una agenda en la que sin duda faltan todavía muchos capítulos por ser escritos, cuestión, desde luego, que no atestigua otra cosa que la vitalidad del área.

MATÍAS JAQUE
Universidad de Chile
MATJAQUE@UCHILE.CL